

El antecedente inmediato de las actuales dinámicas y negociaciones internacionales se remonta a la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo celebrada en 1992 en Río de Janeiro, Brasil, denominada habitualmente Cumbre de Río o Cumbre de la Tierra. La trascendencia de la cumbre se ve reflejada, asimismo, con la adopción de tres instrumentos internacionales de enorme importancia: 1) La Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático (CMNUCC), 2) La Convención sobre Diversidad Biológica y 3) El Plan de Acción llamado generalmente “Agenda 21”. Tales instrumentos internacionales influyeron de manera decisiva en el subsecuente desarrollo de la política y la legislación ambiental, tanto a nivel internacional como nacional.

El objetivo último de la CMNUCC es la estabilización de las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera a un nivel que impida interferencias antropogénicas peligrosas en el sistema climático (artículo 2 de la CMNUCC). Ahora bien, la propia convención no establece objetivos de emisión obligatorios para los países, aunque en el momento de la firma, 23 Estados desarrollados se comprometieron a la reducción de emisiones que van desde la estabilización hasta el 25% por debajo de los niveles de 1990 entre 2000 y 2005 (Barnett, 2007).

Desde Río y hasta la fecha, además de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático y el Convenio sobre Diversidad Biológica, muchos otros tratados internacionales en materia ambiental han sido suscritos por la comunidad internacional, entre ellos: La Convención de Naciones Unidas para combatir la Desertificación, de 1994, el Protocolo de Kioto a la Convención Marco de Naciones Unidas sobre Cambio Climático, de 1997, y El Protocolo de Cartagena sobre Seguridad de la Biotecnología a la Convención sobre Diversidad Biológica, del 2000.